



# La isla del Dr. Moreau

H. G. Wells

Adaptación de Vicente y Laura Muñoz Puelles  
Ilustraciones de Paula Montaner

algar



## 1

### *Rescate en altamar*

Nuestro barco, el Lady Vain, estaba tan poco preparado para el choque con los restos de otra nave que solo unos pocos pudimos saltar al agua y alcanzar la lancha salvavidas.

Éramos cuatro. Pronto quedamos solo tres, porque a un marinero llamado Constans se le enredó una cuerda en el tobillo en el momento de saltar y por un instante quedó colgando cabeza abajo. Luego se soltó y se golpeó contra los restos de los mástiles y las vergas que flotaban en el agua. Remamos hacia él, pero no volvió a salir a la superficie.

El mar estaba muy encrespado, y nos costó mantener la lancha a flote. Nos movíamos tanto

que ni siquiera podíamos ponernos en pie para otear el horizonte. Tardamos en descubrir que solo teníamos una barrica de agua y unas galletas mojadas.

Los otros dos hombres que habían conseguido escapar conmigo eran un tal Helmar, pasajero, como yo, y un marinero cuyo nombre nunca supe, un hombre tartamudo, bajo y robusto.

Durante ocho días y ocho noches navegamos a la deriva, bajo un sol implacable, sin hablarnos apenas y cada vez más débiles y desanimados.

El cuarto día, el agua de la barrica se terminó y empezamos a plantearnos decisiones terribles. El sexto, Helmar se atrevió a manifestar esas decisiones en voz alta. Recuerdo nuestras expresiones de desconfianza, nuestros gestos. Yo me opuse con todas mis fuerzas a que uno de nosotros sirviese de alimento a los otros dos. Prefería agujerear la lancha y ser devorado por los tiburones que nos seguían.

Pero, cuando Helmar dijo que, si aceptábamos su propuesta, podríamos beber, el marinero se puso de su parte. De noche, ambos hablaban en voz baja, mientras yo permanecía sentado en la proa, con mi navaja en la mano, dispuesto a defenderme.

Pero una mañana, cansado, acepté la propuesta de Helmar y lanzamos al aire medio penique para decidir nuestra suerte.

Perdió el marinero, que era el más fuerte de los tres. Como se negaba a aceptar el resultado, se abalanzó sobre Helmar. Lucharon cuerpo a cuerpo durante largo rato. Yo me arrastré por el suelo del bote e intenté ayudar a Helmar. Pero, con el balanceo de la embarcación, el marinero tropezó y los dos cayeron por la borda. Se hundieron como piedras.

Durante largo tiempo permanecí tendido sobre el suelo del bote. Pensé en beber agua del mar hasta enloquecer para morir cuanto antes. Pero me faltaba valor.

Y, mientras estaba allí tumbado, avisté un barco que avanzaba hacia mí. Era una nave pequeña, una goleta de dos mástiles, que aparecía y desaparecía entre las aguas.

Conservo el vago recuerdo de haber sido izado hasta la cubierta y de un gran semblante cubierto de pecas, enmarcado por una mata de pelo rojo, que me observaba. Era el capitán, según supe después.

También me pareció entrever una cara muy oscura y unos ojos extraordinarios que se me acercaban, pero entonces pensé que se trataba de una pesadilla. Creo que me hicieron tragar cierto mejunje. Luego me quedé dormido.

El camarote donde desperté era pequeño y desastrado. Un hombre más bien joven y rubio, con

un bigote rizado y el labio inferior caído, estaba sentado junto a mí, sosteniéndome la muñeca. Tenía unos ojos grises y acuosos, extrañamente desprovistos de expresión.

Entonces se oyó un ruido arriba, como si arrastrasen una cama de hierro, y el gruñido furioso de un gran animal. En ese momento, el hombre me preguntó:

–¿Cómo se siente ahora?

Al ver que no contestaba, añadió:

–Lo encontramos en una lancha, medio muerto de hambre. Había manchas de sangre en la borda.

Vi mi mano huesuda y entonces recordé todo lo ocurrido en el bote.

–¡Bébase esto! –dijo, y me dio una sustancia helada de color carmesí que sabía a sangre.

–¿Qué barco es este? –pregunté despacio, con la voz ronca por haber estado sin hablar durante tanto tiempo.

–Es un pequeño mercante que zarpó de Callao. Se llama Ipecacuanha. ¡Nombre endiablado donde los haya! Pero, cuando el mar está embravecido, se porta bien.

Se reanudaron los ruidos arriba: el gruñido y una voz humana. También escuché el aullido de unos perros.

–Me llamo Montgomery –continuó mi interlocutor–. Cuando lo encontramos, estaba medio



muerto. ¿Siente los brazos doloridos? Son las inyecciones. Ha estado inconsciente durante casi treinta horas.

–¿Podría tomar algo sólido? –pregunté.

–Están asando un cordero –contestó él–. Pero, antes de ofrecérselo, me gustaría saber algo de usted.

Le conté que me llamaba Edward Prendick y que había decidido dedicarme a las ciencias naturales. Aquello le interesó.

–Siempre me atrajeron las ciencias. Estudié Biología en la universidad. No hubo animal que no diseccionara. Y también lo aprendí todo sobre el cuerpo humano. ¡Dios mío! Hace ya diez años. Lo dejé todo antes de cumplir los veintiuno. Pero siga. Hábleme del bote.

Hice un resumen de lo ocurrido, pero me sentía demasiado débil para seguir hablando y solo me animé un poco cuando probé el cordero.

Durante un día entero me limité a dormir y a comer. Montgomery me prestó alguna ropa. Según me dijo, habían tirado mis prendas al mar. Las suyas me quedaban bastante grandes, pues él era alto y de piernas más largas que las mías.

Me contó que el barco se dirigía a Hawái, pero que antes tenían que dejarlo a él en tierra.

–¿Dónde? –pregunté.

–En una isla... El lugar donde vivo... Que yo sepa, no tiene nombre.

Me miró con el labio inferior caído y comprendí que se hacía el tonto para evitar más preguntas.

Al salir del camarote, encontramos a un hombre que nos impedía el paso. Estaba de pie en la escalera, de espaldas, pero se volvió hacia nosotros con la rapidez de un animal. Era un ser encorvado y torpe, con el cuello peludo y la cabeza hundida entre los hombros. Ya había entrevisto su rostro al ser izado a bordo. Era muy oscuro y se prolongaba en forma de hocico.

–¡Maldito seas! –exclamó Montgomery–. ¡Largo! Sabes que no deberías estar aquí. Tu sitio está en la proa.

Aquel ser extraño se acobardó y nos dejó pasar.

–Allí no me quieren –dijo muy despacio, con una voz ronca y profunda.

–¡No te quieren! –se burló Montgomery–. Pues yo te ordeno que vayas a proa.

Salimos a la cubierta, que estaba muy sucia, llena de peladuras de zanahoria y restos de verdura. Quizá no la habían limpiado nunca. Un marinero demacrado y silencioso, que manejaba el timón, era el único ser humano a la vista. Arriba, el cielo estaba despejado y el barco se deslizaba con todas las velas desplegadas.

Atados con cadenas al palo mayor, había varios perros de caza con bozales de cuero que, al verme, empezaron a saltar y a aullar, y junto al palo de



mesana se encontraba un enorme puma encerrado en una jaula de hierro, tan pequeña que apenas podía darse la vuelta. Era el autor de los rugidos. Un poco más allá vi unas jaulas grandes llenas de conejos y una caja estrecha por la que asomaba el cuello de una llama solitaria.

–¿Qué es esto, un zoológico flotante? –pregunté.

–Eso parece –respondió Montgomery.

–¿Qué hacen tantos animales a bordo? ¿Los llevan como mercancía o como curiosidad? ¿Van a venderlos?

Antes de que me contestara, oímos un grito, y el ser extraño de rostro negro con el que nos habíamos cruzado antes apareció por una escotilla, seguido de cerca por un hombre pelirrojo, que llevaba una gorra blanca. Los perros volvieron a aullar y a tirar de sus cadenas.

El hombre pelirrojo alcanzó al ser extraño, lo derribó y le asestó un puñetazo entre los omóplatos. Luego siguió golpeándolo en el suelo, mientras los perros intentaban alcanzarlo. Dos marineros acudieron de pronto y animaron a los perros, como si fuese un juego.

Montgomery no pudo contenerse más y agarró al pelirrojo de un brazo.

–¡Escuche, capitán! –le dijo–. No consentiré que uno de mis hombres sea maltratado. Desde que subimos a bordo, no han dejado de acosarlo.

–¿Un hombre, dice usted? –preguntó el capitán, que parecía borracho, con una risotada.

–Le aconsejo que no vuelva a ponerle las manos encima.

–¡Al diablo! –exclamó el capitán, zafándose–. Este es mi barco y hago lo que quiero. ¡Maldito matasanos!

–Está borracho –dije, entrometiéndome–. No servirá de nada discutir con él.

–Mi barco era un barco limpio –se quejó el capitán, señalando las jaulas con una mano temblorosa–. Y mire ahora.

–Usted aceptó llevar a los animales –le recordó Montgomery.

–Pero ese amigo suyo no es un animal, ni tampoco un hombre, sino un demonio. ¿Y qué se le ha perdido en la popa? ¿Qué se cree, que puede ir por ahí husmeando por todo el barco como si fuera suyo? Mis hombres no lo soportan. Yo no lo soporto. Ni siquiera usted lo soporta.

–De todos modos, déjelo en paz –insistió Montgomery.

–Si vuelve a acercarse por aquí, lo haré pedazos –dijo el capitán.

Montgomery dio un paso adelante, como si fuese a golpearlo.

–Tranquilo –lo contuve–. Recuerde que está borracho.

–Y a usted, ¿quién le ha dado permiso para entrometerse? –me preguntó el capitán, encarándose conmigo.

Empezó a insultarme, pero pronto se cansó. Bajó por la escotilla tambaleándose, y comprendí que se dirigía al camarote con la intención de dormir su borrachera.